



capitan. El sabio franciscano Jimenez de Cisneros, despues de haber descrito á la que él «reverenciaba con admiracion, expone: «Que no alumbró el sol otra como ella» (1). Si este varon santo se comprometió en tal afirmacion, fué porque tomó parte en sus consejos, examinó su conciencia, conoció su ferviente piedad y midió la asombrosa profundidad de sus alcances.

Bien á pesar nuestro los límites de este libro nos impiden tratar con más extension y detenimiento á tan gran rey. Pero con lo dicho y lo que está por decir, probarémos que la sublime Isabel era la personificacion del carácter caballeresco de su siglo y de su pueblo; que

(1) Cui similem sol noster planetaris nunquam in terris aspexit. Forrunatus Hubertus, *Menologium Sancti Francisci*, p. 1033.

ninguna mujer tuvo en el trono una fe más sincera, ni una prudencia más consumada, ni brilló con mayor lealtad; que Dios parecia bendecir sus proyectos y sus acciones; que pudo cuanto quiso, y quiso cuanto pudo; que la victoria coronó cada una de sus empresas; que extendió el pequeño reino que habia heredado envilecido, y lo elevó por sí sola al rango de potencia de primer orden; que, al emplear en su servicio á las más altas capacidades, permitió el Señor que su sabiduría aventajara la de sus consejeros; que por Isabel se verificó el más grande acontecimiento de la política europea, la expulsion de los moriscos, y que con Isabel se llevó á cabo la obra más extraordinaria de la humanidad; la que duplicando su dominio terrestre, decuplicó el horizonte de sus investigaciones científicas.

El convento de franciscanos de la Rábida.—Dudas cosmográficas de su guardian Fr. Juan Perez de Marchena.—Llegada casual de Colon al monasterio.—Hospitalidad que recibe y amistad que se establece entre él y el P. Marchena, quien lo recomienda al confesor de la reina.

En aquellos tiempos, á media legua de Pálos, en la cumbre de un cerro situado en la orilla del mar, asomaba por un bosquecillo de pinos el blanco campanario de Santa María de la Rábida, como el cuello de un cisne entre los juncos. Levantada sobre las ruinas de un templo de gentiles, agrandada en diversas épocas, sin cuidarse de la simetría y embadurnada de cal á la usanza de los árabes, contenia en su recinto dos claustros, una capilla con portada gótica y un jardin en el cual, á los lados de una parra y apoyados en limoneros, crecian jazmines reales.

En Julio de 1485 fué nombrado guardian de este convento un hombre, con quien pecaron de ingratos sus contemporáneos, pero que nosotros no podemos olvidar en nuestra historia.

Fiel observante de la regla de su instituto, daba este religioso á su comunidad el ejemplo del discípulo perfecto de San Francisco, y no hacia uso de sus prerogativas de superior más que para prolongar sus horas de estudio y de meditacion. La fama de su piedad y de su virtud voló por España. Le llamaron á la córte cuando ménos lo esperaba, y la reina, despues de consultarle varias veces, llegó á tenerlo en

tanta estimacion, que lo hizo su confesor. Y no sólo le apreciaba Isabel por su espíritu evangélico y eminentemente religioso como director de su conciencia y teólogo consumado, sino tambien porque con su singular penetracion descubrió en él, á pesar de su excesiva modestia, al buen astrónomo (1) y mejor cosmógrafo. Pero como el fausto de los palacios le era insoportable, suspiraba el humilde franciscano por el dulce sosiego y la soledad de su celda, logrando así, á fuerza de súplicas y ruegos, que le dejasen volver á ella.

Ni su laudable fervor le distraia de su afición á las matemáticas, ni le apartaba del cultivo de las letras el conocimiento de las ciencias exactas. La variedad de su saber está reconocida, tanto por Oviedo, que dice «era un gran cosmógrafo», como por Herrera, que añade al título anterior el de «gran humanista» (2),

(1) «Porque es un buen astrólogo, y siempre nos pareció que, etc., etc.» *Carta de la reina á Colon*, fecha 5 de Setiembre de 1493. Documentos diplomáticos, núm. 71.

(2) Oviedo, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. V. Herrera, *Hist. gen.*, década I, lib. I, cap. VII.



y por Lopez de Gomara, que menciona su erudición y su especialidad en las ciencias (1). Para completar este bosquejo nos valdrémos de las propias palabras del primer obispo de las Antillas, Alejandro Geraldini, que dijo al papa Leon X que «la excelencia de su virtud y santidad de sus costumbres estaba confesada por todos» (2).

Este era Fr. Juan Perez de Marchena.

Después de haber probado la superioridad intelectual y ascética del guardian de Santa María, sigámosle con el pensamiento á la cúpula de la iglesia, donde, como astrónomo, tenía una especie de observatorio.

Allí era el sitio de sus visiones seráficas, y allí subía en las noches serenas á meditar, á elevar su alma al Creador de ambos mundos, y á contemplar el curso armonioso de los astros: Su imaginación, ardiente como un faro, cuando sus ojos se posaban en el mar y veían las olas perderse en lontananza hacía donde nace el sol, le decía, si más allá de aquel espacio jamás surcado por ningún bajel, existía en realidad la terrible mar *Tenebrosa*, llamada así á causa de las tinieblas y de la oscuridad que la guardaban.

Su duda era ya un progreso.

Las ideas de los cosmógrafos estaban entonces muy confusas acerca de la mar *Tenebrosa*, pues mientras unos aseguraban que navegando á Poniente por tres años no llegarían á tocarse sus orillas, otros sostenían que era ilimitada y se prolongaba hasta lo infinito. En esta divergencia de opiniones sobre la configuración de la tierra, cada maestro variaba de sistema al tratar de este asunto; pero el Padre Marchena, sin hacer alto en los geógrafos árabes ni en los pilotos de renombre, é impulsado por su amor á la humanidad, su solicitud por la salvación de los pueblos, que ignoraban la venida de Jesús, y su anhelo de que le bendijesen y alabasen en todas las naciones, se

(1) «Cosmógrafo y humanista.» Lopez de Gomara, *Historia de las Indias*.

(2) «Homo vita, religione et sanctimonia undique probatus.» *Itinerarium ad regiones sub æquinoctiali plaga constitutas*, Alexandri Geraldini, Amerini episcopi, etc., liber XIV.

preguntaba sin cesar si no habría más léjos tierras desconocidas de los cristianos. Su corazón le daba siempre una respuesta afirmativa.

Además de sus conocimientos teóricos, y á causa de su intimidad con los marinos de Pálos, pueblo hoy abandonado, pero en aquella sazón centro de apartadas relaciones, estaba muy al corriente de los viajes de los portugueses á la costa occidental de África y de los descubrimientos de los Azores y de las islas de Cabo Verde, encontrándose con fuerzas para dominar las preocupaciones vulgares de aquellas gentes.

Un día que acertó á pasar por el locutorio vió en él á García Hernandez, médico de la comunidad, que consideraba atentamente á un viajero, que mal vestido y con un niño de la mano pedía un pedazo de pan y un poco de agua para su hijo. Su acento extranjero y la dignidad de su presencia, contrastando con sus ropas destrozadas, interesaron al P. Marchena, que no pudo ménos de preguntarle con un tanto de curiosidad adónde iba, y de dónde venía. Él le contestó sencillamente que iba á Castilla, y venía de Italia, para comunicar á los Reyes un proyecto de la mayor importancia. El fraile, que ya se sentía atraído hácia Cristóbal Colon (que así se llamaba el caminante), como por un poder magnético, le hace entrar, le habla con el cariño de un hermano, se establece pronto entre ambos una íntima relación, hija de la conformidad de ideas que unía aquellas dos inteligencias ántes de conocerse, y pasadas las primeras confidencias le insta á que permanezca á su lado hasta que llegue un momento oportuno de someter el proyecto á la corte.

Bajo el burdo sayal del P. Marchena latía un corazón rebosando generosidad y patriotismo, que ni la edad, ni la ciencia, ni las vigiliadas habían amortiguado, y su carácter expansivo se conservaba lleno de viveza y lozanía, reflejándose en todo su sér esa permanente primavera, que enjendra la virtud, y que no puede destruir la nieve de los años.

Cómo pudo llegar Colon al monasterio, no se explica de un modo natural; pues ya sea que hubiera desembarcado en el Puerto de San-



ta María, en Sanlúcar, en la Higuera, ó en el mismo Pálos, aquel no era paso para ninguna parte, y además cubierto con un bosquecillo de pinos el edificio por el lado de la tierra, ni áun podía haberlo divisado desde el camino de Huelva, que era el que debía seguir. Sólo extraviándose encontraría la Rábida, y por una de esas casualidades, dispuestas de modo tan admirable, que nos manifiestan la influencia de un Sér superior, ante el cual inclinamos nuestra frente.

No iba entonces á Huelva á visitar á su cuñado el ex-gobernador de Porto Santo (1) Pedro Correa, sino á Huelva á casa de un tal Muliar, casado con la más jóven (2) de las hermanas de su mujer, á la cual tal vez tendría intención de confiar su hijo por el tiempo que estuviese en Castilla.

No hay duda que si la manera como Cristóbal Colon arribó á Portugal fué romántica y poética, el modo con que le protegía la Providencia al pisar el suelo español, no era ménos extraño y maravilloso; pues careciendo de protección y de recomendaciones en un país, del cual hasta la lengua ignoraba, lo conducía la misericordia divina á la criatura mejor dispuesta á entrar en sus miras, á la más digna de comprenderlo y fortificarlo en su misión.

Pretenden ciertos escritores que, desconfiando de sí propio, mandó buscar á Pálos el Padre Marchena al médico García Hernandez, por estar muy versado en las matemáticas, y que después de discutir entre ellos el proyecto de Colon en varias conferencias, y de reconocerlo racional, se decidió ponerlo en práctica. Este es un error, que ha desmentido el mismo Hernandez en una declaración judicial (3).

(1) Sin excepcion, todos los biógrafos de Colon han ignorado la existencia del humilde Muliar, y á semejanza de Washington Irving, han tomado á este vecino de Huelva por su otro cuñado, el portugues Pedro Correa, ex-gobernador de Porto Santo, y sujeto de importancia.

(2) Esto es positivo: «Iba derecho de esta villa á la de Huelva para hablar y verse con su cuñado, casado con hermana de su mujer, é que á la sazón, é que habia nombre Muliar.» *Pleito*. Probanzas hechas por el fiscal del rey. Pregunta 13. Suplemento primero ó colección diplomática, núm. LXIX.

(3) El mismo García Hernandez ha señalado la fe-

Entre Colon y su huésped no intervino nadie: la confianza del P. Marchena fué espontánea y absoluta, porque la demostración era exacta; porque la gran misión de aquel extranjero se traslucía en su persona; porque el franciscano poseía esa luz del corazón que despeja las más grandes cuestiones, y las decide sin discutir las, y porque le bastaban sus conocimientos para poder apreciar el sistema cósmico del hombre que le enviaba la Providencia.

El guardian de la Rábida oyó, comprendió y creyó. De esta manera, en un convento de franciscanos, se explicó por el genio y se acogió por el entusiasmo el concepto más grande de la la humanidad; de esta manera se creyó en aquel retiro instantáneamente con fe implícita en la redondez de la tierra, en la existencia de islas y continentes ignorados, y en la posibilidad de llegar á ellos entonces, cuando en todas las academias, colegios y universidades se hubieran tenido estas ideas por delirios de un calenturiento.

Huésped Cristóbal Colon de la comunidad, y libre de los cuidados de la vida material, pudo dedicarse de un modo exclusivo á los de su alma, á la contemplación de las cosas divinas, trabajando en su perfección moral, porque quería hacerse ménos indigno de ejecutar la obra inmensa á que se veía llamado por medio de las oraciones y la pureza. Con entrada franca en la biblioteca, se inició en las Santas Escrituras, examinó los autores eclesiásticos, los parafrastas y los comentadores. No hay duda que fué allí donde adquirió aquel conocimiento de las obras de teología, de que dió pruebas más adelante; pero tenemos fundado motivo para decir que los trabajos del ángel de la escuela y del doctor seráfico, las cuestiones especulativas de la metafísica y de la moral, no apartaron su mente de una investigación ménos elevada y más práctica, cual es el estudio vulgar de la vida de los santos, dedicándose á considerar los ejemplos de aquellos hombres,

cha de esta conferencia, á causa de que, sin saberlo él, se mandó al piloto Sebastian Rodriguez al campo de Santa Fe en el invierno de 1491, seis años después de la fecha equivocadamente señalada por Washington Irving y sus imitadores.



que habían servido á Dios de tan diferentes modos; unos con humilde constancia y abnegacion, otros con el brillo del genio y del saber, todos igualmente preciosos á los ojos del Señor y venerados por su Iglesia. Por más que perteneciera entónces al mundo, aspiraba desde lo más íntimo de su corazón á celebrar la gloria de Jesucristo, y guiado por la luz divina con que las Santas Escrituras iluminan el entendimiento del fiel sinceramente sometido, vivió como un cenobita, asociándose á las meditaciones y á los estudios del guardian, y acompañando á la comunidad en los oficios y en el refectorio. Se aficionó á la órden, á la regla y á el hábito de San Francisco.

A su vez amó en Colon el P. Marchena al hombre, como admiraba al cosmógrafo, al poeta, al genio superior. Lo decimos sin temor, lo amó tanto más, cuanto que siendo su confesor, pudo ver hasta el fondo de su conciencia, que permanecía pura, cándida y llena de fe, sin embargo del atrevimiento, de la erudicion y la curiosidad del espíritu; porque contempló á sus anchas aquellos pensamientos, más grandes que el universo; porque leyó como en un libro abierto las bellezas de su alma, que sin saberlo descubria al revelar sus culpas en el tribunal de la penitencia, admirándose de encontrar tanto saber unido á tanta humildad, pues las más elevadas cualidades guardaban tal armonía en aquel hombre extraordinario, que más parecia no poseer sino una sola, la que por excelencia se llama virtud. El franciscano reconoció en Colon las señales de un elegido de la Providencia, y por eso se interesó en su destino con una voluntad, que no acabó sino con la vida.

Cuando Colon debió dejar el monasterio, el P. Juan Perez le dió una pequeña cantidad de dinero, y una carta de recomendacion para el prior de Prado, confesor de la reina; personaje de importancia, cuya benévola mediacion le proporcionaria una favorable acogida. Comprendiendo que, á pesar de su noble origen, la cuñada de Colon, mujer del pobre Muliar, no podria en Huelva dar una educacion conveniente á su sobrino Diego, quiso encargarse por sí mismo el guardian de su enseñanza, y

así, bajo el techo del convento, con el pan, los libros y la caridad de la familia franciscana se mantuvo, se vistió y se instruyó en su tierna juventud el hijo de Cristóbal Colon.

Con el corazón tranquilo y el espíritu libre de aquel inocente, se despidió del venerable guardian, y acompañado de sus oraciones se puso en camino para Córdoba.

La generosa hospitalidad, el amor y el amparo que encontró Colon en este monasterio, lo han hecho interesante para la historia, y caro para los discípulos de San Francisco. Nuestros amigos de la Orden Seráfica nos agradecerán les demos algunos detalles descriptivos y exactos del convento de la Rábida.

En aquella época se componia de dos claustros interiores y tres pequeños edificios anexos al principal. La iglesia, en forma de cruz, tenía tres capillas, y la rodeaba una cerca, formando en el centro un patio. Encima del altar mayor se levantaba una cúpula redonda y blanqueada, que tenía en su circunferencia un pretil con agujeros en su base, y desde cuya altura se dominaba por un lado el majestuoso Océano, sirviendo al mismo tiempo de señal á los barcos costaneros, y por otro una dilatada campiña que se extiende desde los llanos que riegan el Guadalquivir á las montañas de Portugal.

La desnudez de las paredes, la falta de estatuas, de cuadros, de frescos, de lámparas de oro y plata estaban en armonía con la sencillez de los claustros, y la pobreza arquitectónica del conjunto. Parecia no contener más de una docena de celdas, sin contar la del prior, y la biblioteca, que el refectorio y la cocina estaban en un pequeño edificio de forma oval, añadido por la izquierda. Un paredon, resto tal vez de una antigua muralla contra los moros de España y los merodeadores de Portugal, cuya vecindad era temible, encerraba como en un triángulo la escarpada y árida colina en que descansan sus cimientos; y á su lado crecian magníficos aleos y vigorosas palmeras. De trecho en trecho, subiendo la cuesta, muros de piedra encajonaban el terreno, plantado de alcarrones, cepas é higueras. El jardín, regado por medio de una máquina hidráulica, ali-



mentada por el rio Tinto, tenía alguna sombra, gracias á la parra y los limoneros de paseo de verano; pero ninguna escultura, ningun artificio disfrazaba la pobreza de los discípulos de San Francisco, pues hasta el pozo, que hubiera podido ser un adorno rústico, estaba en un rincón de las habitaciones accesorias. Allí no había nada grande más que la soledad, el reposo de la naturaleza, el recogimiento del alma y la perspectiva del inmenso Océano.

A medida que los habitantes de Pálos fueron trasladándose á Moguer, y que Pálos se iba transformando en una ruina desierta, los religiosos, que ya no podian ser de ninguna utilidad para una poblacion demasiado apartada, empezaron á pasar escaseces, y su número á disminuir, tanto que en tiempo de la invasion francesa no había más de cuatro ó cinco. Entónces dicen que fué saqueada la biblioteca y destruido el archivo en que se guardaban los recuerdos de Cristóbal Colon, consagrados por la amistad del P. Marchena. En el año de 1825 existian aún cuatro frailes, y á pesar de que el estado ruinoso del edificio probaba el olvido en que yacia, se le respetaba, ó al menos la mano

del hombre no contribuia á su destruccion.

Pero vino la revolucion religiosa de 1834, y al suprimir los conventos, dió el golpe de gracia al de la Rábida. Sin embargo, parece que por consideracion á su memoria se conservó en el papel, clasificado como propiedad nacional. Mas los habitantes de los alrededores, invirtiendo el principio que dice que lo que es de todos no es de nadie, y no puede tocarse, discurrieron que lo que es de la nacion pertenece á todos; y de veinte años á esta parte lo saquean en detall, siempre que necesitan cantos, tejas, vigas, puertas y ventanas. Cortas más ó menos autorizadas, han acabado casi con el bosque que le rodeaba, y el jardín, por falta de cuidado, se ha vuelto un erial. El tiempo y las lluvias, desmoronando las paredes, arrastraron al mar la capa de tierra vegetal de la colina que enseña avergonzada sus flancos rojizos y descarnados. Solo una palmera se sostiene junto á las ruinas de la máquina hidráulica entre aloes espinosos, único y último testigo de la vegetacion que sostenia en este peñasco el trabajo y la paciencia de los buenos frailes.